

“CIUDADANIA CULTURAL:  
UNA CARTA DE NAVEGACION HACIA EL FUTURO“  
(DOCUMENTO DE REFLEXION)

Claudio di Girólamo  
Estocolmo, Suecia

30 de marzo - 02 de abril de 1998

**CONFERENCIA  
INTERGUBERNAMENTAL  
SOBRE POLITICAS CULTURALES**

Primero estaba el mar.  
Todo estaba oscuro.  
No había sol, ni luna, ni gente,  
ni animales, ni plantas.

El mar estaba en todas partes.  
El mar era la madre.

La madre no era gente, ni nada,  
ni cosa alguna.

Ella era el espíritu de lo que iba a venir.  
Y ella era pensamiento y memoria.

Mitología Kogui (Colombia)

Queremos iniciar nuestra reflexión compartiendo con ustedes este hermoso fragmento de la mitología de uno de los grupos humanos que habitaron el continente americano en épocas lejanas, poblándolo con sus mitos, ritos e historias que aún despiertan en nosotros resonancias profundas.

En él está expresada magistralmente toda una visión de mundo a partir de su génesis misterioso. Allí se instalan, como principios creativos, el pensamiento y la memoria, constituyendo un todo indisoluble. Pensamiento y memoria que desde siempre nos acompañan en la construcción incesante de esas otras historias, pequeñas y grandes, de nuestras vidas personales y colectivas, y que dejan su sello inconfundible en las particularidades que nos distinguen como pertenecientes a diferentes grupos humanos, pero unidos todos en el intento de transformar nuestro entorno para lograr una vida más plena.

Pero, ¿cuánto nos queda de esa identidad? ¿Sentimos hoy esa pertenencia?, ¿estamos realmente unidos dentro y fuera de los límites territoriales de nuestros países? (...)

Para tratar de contestar esta pregunta, permítannos abordar con sencillez algunas pasiones de este crucial período de la historia humana, desde la óptica ancha y próxima de la identidad latinoamericana.

Nosotros, latinoamericanos, nos encontramos por momentos exiliados de nuestra identidad, la que se nos escurre continuamente entre las manos. Cuando llegamos a atraparla, sus diversos fragmentos no logran componer una unidad susceptible de ser comprendida de manera directa en los grandes códigos de la tradición occidental o en el relato de un discurso que hace coherente, a la fuerza, lo que es rebelde y transgresivo en la realidad.

La historia no se construye en el tiempo futuro, ni depende irremediamente de hechos pasados. Es siempre historia ahora. Es por esa puerta que nos adentramos en los laberintos de una identidad misteriosa.

Avancemos una hipótesis: América Latina ha sido y será una territorialidad cultural eternamente inacabada, inconclusa, provisional.

No se debe esperar de nosotros el arribo a un punto determinado, como quien culmina una obra. Es la permanente falta de conclusión lo que hace de nuestra identidad un eterno mutante, tan inconforme como fértil. No somos tierras, ríos, selvas, cordilleras, mares, ciudades o pueblos que adoran el concepto preciso, diáfano, tajante. Nos estiramos y recogemos en todas nuestras mezclas; fundamos nuevas formas de contar nuestras historias individuales y colectivas y las compartimos con entusiasmo, sólo para volver a crear otras. Porque las ya hechas no alcanzan a agotar la pasión que las creó; ésta se desborda y fluye constantemente. Somos hijos del incansable y siempre nuevo inicio.

Nuestra identidad está por ello maravillosamente inconclusa. Nosotros, habitantes de esos lugares, venimos desde muchas tradiciones, de grandes culturas que estaban fundadas en la piedra y el maíz, mucho antes que llegaran castellanos, vascos, gallegos, napolitanos, judíos, árabes, chinos y luego germanos, nórdicos y seguramente los que seguirán llegando, y otros y otros.

Antes estaban las pirámides, las ciudades erigidas en medio de los lagos, los caminos largos y angostos, serpenteando entre cordilleras asombrosas, los guerreros emplumados y la magia. Todo esto era otro mundo, otra manera de entender la vida, el universo y la muerte. Siempre fue otra. Tan distinta que aún hoy nos convoca a recrear la convicción de que muchos mundos son posibles simultáneamente, y que han existido y existirán siempre otras maneras de existir.

En nuestras tierras mestizas, de tanto llegar de otras partes, y a pesar de que se repletan hoy de grandes productos de la cultura universal, seguimos siendo otros. Semejantes pero diversos. Se nos puede pedir que seamos más predecibles, más conceptualmente ubicables, y hasta podemos intentarlo; pero jamás lo lograríamos.

Tendríamos que borrar gran parte de nuestras tradiciones y quedarnos quietos, petrificados en las grandes ciudades. Olvidarnos que a muy poco tiempo del centro de nuestras capitales o de los lugares más urbanizados están otros tiempos del calendario americano, distantes no kilómetros, sino jornadas de marcha.

Campeños con trajes transparentemente blancos, mujeres con niños a cuestas como hace cientos de años, hombres que se arriesgan en el mar con silencios de siglos, pueblos con adoquines de piedra, casas coloniales y plazas de bulliciosos mercados, en los que el trueque aún es legítima y apreciada moneda.

Se nos podrá enrostrar que todo esto tiene las horas contadas, que las grandes súper-carreteras de asfalto y las señales satelitales arrinconarán esa parte de lo americano. Que ya todo será igual a sí mismo, y por lo tanto la propia idea de identidad perderá sentido, porque el gris de la uniformidad dominará y dará lo mismo estar en un lugar o en otro de la tierra.

Permítannos discrepar. Queremos creer que en América, al igual que en otros continentes, aún hay hombres y mujeres que no abandonan el legado de sus herencias, de sus tradiciones, para poner en su lugar tecnologías o cosas.

La identidad latinoamericana a la que nos referimos se expresa en la cotidianeidad, en las múltiples resonancias del hablar español, el portugués o en esa amalgama de potentes lenguas que se han incrustado en todos los modismos y giros con que nos referimos a la naturaleza y al alma y que, en el fondo, no son otra cosa que distintas formas de pronunciar y nombrar el mismo mundo en un mismo idioma.

Es explosión de ritmos y silencios, diferentes en apariencia; es una manera de construir una nación idiomática, un territorio del lenguaje, una suerte de supra-nacionalidad que todos reconocemos, más allá y más fuerte que todas las fronteras. Es el territorio que se levanta desde la profundidad de la cultura.

Queremos sugerir con esto que América Latina es una Nación en la cual sus ciudadanos deberían convivir e intercambiar sus pasiones y mundos, su identidad inconclusa y de singular origen, sin visas ni fronteras.

Sin embargo, es un hecho el que la historia de un estado o una nación, de cualquiera de ellas, es casi siempre una historia contada y vivida desde arriba. Es la de los estadistas, de los tratados y pactos. Sus reliquias se guardan celosamente en los museos.

A pesar de que esa historia es también nuestra, al hablar de identidad nos referimos a la que se construye desde abajo, que tiene, y por qué no, una apariencia caótica y ritmo discontinuo. Es historia problemática y cotidiana, es el fiel retrato de nuestra nación-continente, viva e inconclusa.

El mundo se está reduciendo; lo distante está hoy próximo, vivimos en una urdimbre universal de infinitas combinaciones. Pero esta tendencia a lo mundial, instantánea y mezclada, no debe proponernos un desprecio por lo que somos. Tendríamos que borrar todos los códigos. Destruir todos los instrumentos en los cuales tañemos nuestros ritmos, evitar la presencia y el aroma del maíz en nuestros alimentos y cocinas. Aún así quedaría la memoria, la tradición oral y las ganas de entender por qué somos tan obstinadamente sensibles y austeros, tan violentos y románticos al mismo tiempo. Tan buscadores de futuros más concretos y gestores de incansables e improbables sueños.

Esto es lo nuestro.

Es parte de la historia universal, de su cultura y fuerza. De su anchura y riqueza. Quizás podríamos imaginar una mitología cósmica que narrara cómo, de cada rincón de los continentes y los mares, hombres y mujeres entregaron algo que creían que era suyo, y que además era hermoso, para tejer una cultura de fin de milenio. Difícil historia sería ésta; los pueblos que habitan este pequeño planeta, esta gota de universo, son tan complejamente fuertes y originales, que sería difícil saber a ciencia cierta qué daría cada cual.

Ensayemos una posibilidad.

Nosotros quisiéramos poner ahí, al lado de otros, nuestras infatigables ganas de abrir mundos mágicos, mundos posibles. Nuestro herido pero airoso sentido de la dignidad y del honor, no exento de humor e ironía que le otorgan más verdad y fuerza. Nuestras permanentes marchas y contramarchas por aprender a vivir en diversas sensibilidades y colores de piel.

No hay lugar para el miedo en nuestra reflexión. No le tememos al mercado, a las transnacionales, a la tecnología de punta. Sabemos que dentro de un tiempo breve, nos aventuraremos en otras migraciones; nosotros, pueblos de inmigrantes, no ya para cruzar “la mar océano”, sino para instalarnos en el espacio exterior, abriendo una página inédita, maravillosa y abismante de la historia humana.

Pero sí le tememos; o si prefieren, no nos gusta que se vean las culturas desde banales clasificaciones tecnológicas, donde las cosas, los productos inertes, borran y olvidan las pasiones de la inteligencia que los forjaron.

No nos gusta que grandes culturas, asiáticas, africanas, europeas o de cualquier parte, sean examinadas como productos exóticos y pretéritos.

No tememos sentirnos próximos a creaciones y magias gestadas en otros crisoles. Esto nos permite compartir nuestra dosis de universo con todos los universos que cohabitan en este tiempo.

Es cierto que nos duelen nuestras pobreza, nuestras exclusiones, nuestras violencias. Nuestras tierras nos maravillan y a veces nos hieren. Desde hace siglos seguimos comenzando y hemos tratado, una y otra vez, que todos **quedan**, que todos **puedan** y todos **sean**, cada uno y a su manera, sin aplastar a nadie y sin negar ni borrar al otro.

A veces, hemos estado cerca de lograrlo y hemos sido lanzados muy atrás en este camino. Otras, hemos avanzado, quizás paso a paso, pero avanzado. También hemos vivido momentos de inaudito atropello, y en las eternidades de esos años hemos descubierto la solidaridad de otros pueblos, de otras lejanas tierras. Esos dolores también son parte de nuestra identidad; ahí arden para recordarnos que la libertad y la dignidad siguen siendo la esencia de nuestra condición ciudadana.

Todos los países aquí reunidos han seguido en alguna medida este camino, la mayoría de las veces doloroso y difícil, para llegar hasta la identidad que hoy los define.

Es evidente que las razones que confluyen en la construcción de sentido de un país, derivan de vertientes diferentes que, sin embargo, contienen una base cultural común. Esta se refiere no tanto al carácter de "territorio" en el aspecto físico, sino más bien a lo que se va gestando como red de interrelaciones con otros.

Todos los presentes somos el resultado concreto de un sinnúmero de tentativas de convivencia de aquellos que nos precedieron y llevamos en nosotros, nuestra innegable pertenencia al territorio en que nacimos.

Pero, ¿a qué calidad de pertenencia nos referimos?; o más bien, ¿es posible crear las condiciones sociales y elaborar las políticas culturales necesarias para que el sentido de pertenencia al territorio pueda convertirse en experiencia de vida, capaz de generar una identidad colectiva como Nación? (...)

Para tratar de responder a estas y otras preguntas nos hemos congregado aquí; para reflexionar acerca de la decisiva importancia del componente cultural que interviene en la configuración específica de cada uno de nuestros países. De cómo influye en el desarrollo de su identidad, más allá de los acontecimientos históricos que van construyendo, al mismo tiempo, su propia memoria colectiva y sus estructuras sociales y políticas.

Sin embargo, otros factores se sobreponen constantemente a nuestras certidumbres y las vuelven cada vez más frágiles y difusas. Se trata de flujos culturales, emanados de otras realidades, que se entremezclan con el ritmo de la

permanente construcción de nuestras propias identidades y que, en definitiva, las tiñen de un inevitable sincretismo.

En gran medida, se va perdiendo el contacto con aquello que por milenios ha sido el eje del desarrollo de la humanidad: el compartir la experiencia acumulada en la transformación de nuestro entorno y la construcción de la memoria colectiva.

Por eso consideramos necesario elaborar políticas culturales, tanto locales como nacionales e internacionales, que puedan hacer frente a esta realidad y disminuir su impacto en nuestras sociedades.

En Chile estamos implementando una política de descentralización cultural. En ella se parte del hecho de que, para elaborar una política de esa naturaleza, hay que referirse primordialmente al concepto de “proyecto de país”.

Este concepto instala la realidad cierta de que **una nación no termina nunca su proceso de constitución.**

El esfuerzo colectivo de los hombres y mujeres que, compartiendo un mismo territorio deciden gestar una comunidad es, por encima de otras consideraciones, un proyecto y una empresa cultural. Existe una relación muy íntima e insoslayable entre cultura y país. No cabe duda de que es el proceso de construcción de cultura, con sus mitos, ritos y significaciones, el que otorga sentido trascendente a esa empresa colectiva.

Por supuesto, hay otros aspectos que también son fundamentales en la creación del concepto de país o nación. Como la participación democrática en el plano de la política, la satisfacción de las necesidades materiales en el terreno de la economía, el derecho a ser sujeto deliberante en la dirección del Estado en el ámbito de la ciudadanía, entre otros.

Sin embargo, pareciera que estos no son suficientes para comprometer la pasión de la pertenencia y sentir la dignidad de compartir una historia y aspirar a un destino común.

En otro aspecto, es innegable que logros como el acceso más equitativo a los servicios primarios, la integración a la economía mundial, los equilibrios fiscales, el real aumento del ahorro, de la producción y de la inversión, constituyen para cualquier país motivo de orgullo.

Pero es bueno aclarar que el bienestar y el prestigio de cualquier sociedad que pretende ser civilizada, no dependen sólo del valor agregado de sus exportaciones, sino también, y en forma sustantiva, del valor transformado de su creatividad.

No debemos olvidar que el verdadero desarrollo que ha marcado el devenir de los pueblos es aquel que ha puesto al ser humano como centro del proceso. El

entorno, la historicidad, las obras, son variables que nada importan si el ser social, lo verdaderamente vivo de una cultura, no está presente.

Se hace entonces indispensable aumentar y ensanchar, en el aspecto social y en el geográfico, el acceso a la cultura, tanto en su creación como en su goce, y convertirla en el vehículo más eficaz de integración y de inclusión. Transformarla en el derecho a la “ciudadanía cultural” \*.

En América Latina, la experiencia de los movimientos sociales ha llevado a la re-definición de lo que se entiende por ciudadanía o el ser ciudadano. Ya no sólo vinculándolo a los derechos a la igualdad, sino también como legítimo derecho a la diferencia.

Nosotros apostamos a que el reconocimiento de las particularidades culturales territoriales abre, hoy como nunca, la posibilidad de plantearse un futuro con nuevas expresiones de identidad nacional.

Estas deben ir más allá de la mera expresión política, acogiendo el reclamo por una con-vivencia solidaria y de cooperación social que supere el actual estado de coexistencia pseudo-tolerante de carácter individualista, por medio de un absoluto respeto a las micro-realidades y a las híbridas expresiones culturales emergentes.

De hecho, en todas las épocas, la construcción de un determinado proceso cultural se ha dado siempre a través del diálogo entre diferentes concepciones acerca del ser humano, de su relación con el entorno y de su capacidad de alterarlo en su beneficio con su acción transformadora.

Pero la simple constatación de ese hecho no aporta nada nuevo si no va acompañada de políticas y de acciones tendientes a revertir la actual instalación en la sociedad del consabido concepto de la igualdad ciudadana moderna.

Si bien con eso se ha logrado un mínimo de armónica convivencia, no es menos cierto que las demandas de una mayor calidad de vida no apuntan precisamente a esa “igualdad” uniformante que fue el emblema, junto a la libertad y la fraternidad, de esa gesta humana que cambió el rostro del mundo occidental.

Elas van más bien por el lado del **respeto a la diversidad** como la manera más idónea de construir un nuevo sentido de país y de Nación.

En otros momentos se pensó, con cierto asidero, que la igualdad de derechos podría generar espontáneamente una identidad social y política a través de usos y costumbres compartidos y generalizados.

Sin embargo, son innumerables los ejemplos que nos demuestran que, a pesar de ello, los pueblos, en momentos de fuertes crisis derivadas de falta de conducción, de marginación económica y social de grandes sectores de la

población, tienden a atomizarse y a transformarse en un conjunto de pequeños núcleos que reclaman para sí una independencia total del conjunto, alegando diferencias culturales y hasta de raíces étnicas.

¿Qué es lo que entonces puede contrarrestar de alguna manera la aparición de esas tensiones disociadoras en el seno de una sociedad en pleno proceso de constitución de su propia identidad? La respuesta pareciera ser la de recurrir en esos casos a las experiencias más largamente arraigadas en las “culturas de las partes”, esas micro-culturas que, como piezas de un rompecabezas, conforman nuestras naciones. Ellas constituyen dinámicas muy activas, que pueden ser puestas en interrelación y encauzadas hacia un nuevo proyecto de país que se base en la diversidad reconocida y valorada por su aporte a la cultura común.

Si bien el hacer cultural va mucho más allá de su institucionalización con leyes y dictámenes, ya que se trata de un proceso vital en continuo movimiento, si puede ser intervenido positivamente.

En la mayoría de nuestras cartas fundamentales, en la letra, el concepto de ciudadanía está referido tanto a lo derechos materiales como espirituales. Sin embargo, en la práctica, esos derechos se aplican únicamente en el aspecto material y, en lo espiritual, se restringen a la simple libertad de culto. Para nosotros este concepto rebasa con creces lo meramente religioso y se refiere a la capacidad humana de trascender, con obras, su propia existencia. Por otro lado, el acceso a estos derechos se materializa exclusivamente a partir de una determinada edad.

Este concepto emergente, cuyas connotaciones trascienden las posibilidades de esta breve reflexión, superaría al anterior al legitimar y reforzar el acceso de todas las personas, desde el mismo momento de su existencia, a la producción y al goce de los bienes culturales, haciendo hincapié en la igual dignidad de los ciudadanos y en el respeto a la diversidad de la creación individual, eliminando sobre ella toda posible censura. Se refiere a la creación de ámbitos posibles, que al transformar el entorno, transforman al mismo tiempo al propio sujeto. Se trata así de una definición de cultura no cosificada en la convención del producto artístico, sino de otra más dinámica que se refiere a una visión de mundo y a una estética de las relaciones humanas.

Sabemos que esto implica transformar conceptos anteriores, con los cuales nos referimos al mundo de la creación y del espíritu; es decir, sabemos que estamos abriendo un debate de largo aliento.

Lo que queremos hoy es iniciar una discusión que instale a la cultura como matriz conceptual de las categorías de país, ciudadanía, desarrollo e integración.

El desafío cultural fundamental será el de sustituir la gramática mercantil por una más humanizante, que impida que el ciudadano sea reemplazado por el mero consumidor pasivo y que permita considerar a todo individuo como miembro

de la sociedad, un sujeto que es término de referencia de toda relación social; es decir, una **persona**.

El desafío consiste en transformar las relaciones sociales para que todos tengan posibilidad de cabida en el mismo espacio social y puedan sentirse como sujetos dignos de ser considerados por su aporte personal y específico en la construcción de nuevos lazos de convivencia.

Dar cabida significa y exige una modificación de las reglas y las normas que establecen derechos y deberes. Pero no se trata de los derechos de unos grupos o de unos estamentos sociales en detrimento de otros, sino que de aquellos que regulan el intercambio, la equivalencia social entre las personas. En definitiva, que proponen la equidad como base de la armonía social.

La ciudadanía cultural debe tender a recuperar la igualdad en dignidad y el respeto a la diversidad.

Para ello, no basta con detectar certeramente cuáles son los obstáculos que impiden el acceso de todos a este nuevo y más alto nivel de ciudadanía. Hay que construir e impulsar todas las políticas y las acciones que contribuyan a elevar la capacidad creativa de todos aquellos que nos sentimos pertenecientes a esas comunidades que llamamos naciones, para que podamos expresar en obras nuestras múltiples diversidades. Sólo así podremos sabernos y sentirnos respetados como iguales en dignidad y derechos.

Pero, ¿podemos asumir simultáneamente el lugar de la reflexión como una instancia de propuestas, acciones y programas siempre presionados por la escasez de recursos y, en no pocas ocasiones, por la falta de sensibilidad respecto a los temas de la cultura?

Estamos convencidos de que uno de los conceptos sociales y políticos más emblemáticos de la cultura a inicios del tercer milenio será el de ciudadanía cultural; con sus derechos y deberes, con sus pasiones y significaciones. Intentamos instaurar la solidaridad de la convivencia como un proceso al cual se accede por el sólo hecho de ser ciudadano. La cultura, que durante siglos se ha entendido como un elemento agregado a las relaciones sociales, tiene que volver a ser parte esencial de la dignidad del sujeto.

En la concatenación de libertades, que marcan el caminar de la especie humana, encontramos en un primer momento el derecho a vivir en un territorio y producir las condiciones de subsistencia que hagan viable la vida.

Mucho tiempo después, en medio de grandes esfuerzos, emerge el derecho a la participación en las decisiones del Estado y en la política; luego, esos hermosos derechos que son conocidos universalmente como los derechos humanos.

Más aún, el propio concepto de razón, nación, país y derechos, heredados de la tradición ilustrada y puestos en práctica en un primer intento con la revolución francesa, parecen con el correr de los siglos ir configurando una síntesis que los abarca y que, en algún grado, son superados por el de la ciudadanía cultural.

Lo que sugerimos y deseamos aportar, es la aspiración de que los derechos culturales reciban la fuerza y queden con la impronta del concepto de ciudadanía cultural. Sabemos que esto implica transformar hábitos del pensamiento, superar distancias de la sensibilidad, transformar conceptos anteriores con los cuales nos referimos al mundo de la creación y del espíritu; es decir, sabemos que estamos abriendo un debate de largo aliento. Lo que queremos hoy es iniciar una discusión que instale a la cultura como eje conceptual de las categorías de país, ciudadanía, desarrollo e integración.

Con esta propuesta, no hacemos otra cosa que sintetizar cientos de sugerencias, conversaciones y preocupaciones de muchos de los que están acá, y también traer la voz de los que no están, de amigos y colegas del mundo de la creación y del arte, de la cultura y de la gestión que en diversos lugares de América Latina, y a su manera, comparten el mismo sentir.

Si contemplamos nuestros desafíos, carencias y también nuestras potencialidades, veremos que es necesario producir con urgencia cruces y nexos. Entre cultura y educación, (territorios limítrofes, pero que muchas veces se convierten en vecinos de una difícil convivencia); entre cultura y pobreza, con especial énfasis en esa más dolorosa y apremiante pobreza que es la juvenil; y también entre cultura y descentralización, tema profundamente ligado a la democratización de la cultura.

Estos tres vectores que cruzan el concepto de cultura, están también presentes de diversas formas y en otros países de nuestra región.

La educación masiva y pública ha sido una de las conquistas más formidables de los últimos siglos. Le ha permitido a la humanidad resolver dolorosos problemas de equidad y situarse frente al futuro con un conocimiento abismante de la composición de la sociedad e incluso de ideas que producen vértigos, como la del tiempo, el espacio y el universo. La educación se ha integrado muy fuerte y necesariamente al desarrollo; más aún, ha sido desde hace tiempo educación para el desarrollo.

Creemos que es necesario introducir, en la relación educación-desarrollo, las voces y pasiones que provienen de la cultura y sus géneros. Al impregnarse la educación de los problemas de la estética, de la ética y de la creación, la educación gana en amplitud y profundidad, en capacidad de inventar y resolver problemas, y la cultura se vincula más evidentemente a las sociedades y su multifacética cotidianeidad.

Es posible que la fusión entre cultura y educación comience a marcar toda una nueva forma de enfrentar los procesos de enseñanza y aprendizaje, de creación y relaciones sociales, y ayude a sortear esas profundas grietas que separan al mundo de la creación del de la acción, al mundo de la sensibilidad del acontecer práctico.

Estamos frente al desafío de pensar con todo nuestro ser y de pensar con todos.

Por otro lado, nos interpela la enorme multitud de pobres, la mayoría de los habitantes de nuestro mundo.

Dolorosa palabra es la pobreza. Sobre todo porque casi siempre remite a dos fenómenos que se potencian: el de la carencia material que, extremada, denigra completamente al hombre, y el de la carencia espiritual, intelectual y cultural, que excluye al sujeto de todo lo sensible, hermoso y tierno que ha producido la humanidad a lo largo de su historia y que lo transforma en objeto transable en el mercado de la macroeconomía y expuesto diariamente a la destrucción de sus sueños.

Los pobres tienen urgencias del cuerpo: hambre y frío que no pueden esperar, pero también, y sobre todo, necesidad de recobrar su dignidad de seres creadores de su propia historia y el goce que proviene de la construcción de mundos posibles, lograda a través del diálogo entre iguales.

Las políticas culturales deben favorecer a los más desprovistos y alejados de los espacios de creación. Generarles vías de acceso y participación. En este sentido, es necesario que nuestras culturas, dejando lo excluyentemente docto y académico, se abran a los nuevos intentos que se producen en los diversos bordes sociales.

En muchos lugares, caracterizados como de extrema pobreza, se ensayan propuestas culturales de gran significación y sensibilidad.

Para nosotros, se trata de dignificar la lucha contra la pobreza desde una perspectiva ética y humanista. Integrando todo lo que se va gestando y recreando a lo ancho y largo de la sociedad, dignificando la cultura ya reconocida, pero también la que ensaya y explora nuevos rumbos.

Por otro lado, cada vez más tendemos a pensar que toda política de largo plazo supone como actor protagónico a las franjas juveniles de la sociedad. Los jóvenes son el sentido de todo lo que se hace. Llevan en sí esa potente vinculación entre las ganas de actuar, de hacer, de transformar el mundo y la seducción inevitable por la reflexión y el pensamiento.

El que ellos se apropien, no de algún enfoque cultural específico, sino de la pasión de la cultura en general, de las ganas de ser cineastas, dramaturgos, poetas, músicos, pintores, escritores, o cualquiera de esas actividades que no están hechas para producir dinero, es importante no sólo para la cultura, sino para

la humanidad. La cultura es transgresiva por naturaleza, crítica por opción y conmovedora por sentido. Estos rasgos están presentes en ese difícil y hermoso tramo de la vida que se llama juventud. Por ello postulamos políticas decididas hacia el mundo de la juventud, preocupaciones por comprender y mirar con sus ojos una realidad que escapa a todas las clasificaciones convencionales.

Es un hecho cierto y generalizado el alejamiento de los jóvenes de las actividades vinculadas a la política, a la gestión de Estado o a las reflexiones provenientes de las disciplinas humanistas.

De estos desplazamientos, la sociedad adulta enfatiza ciertas conductas a las que llama a veces anómicas y, en otras, ilógicas e incluso inmorales. Vale la pena preguntarse qué les hemos enseñado y transmitido a las nuevas generaciones.

Hemos hablado de paz, después de haber hecho múltiples guerras; hemos hablado de responsabilidad, cuando por momento parece que destruimos nuestro hábitat ecológico; les hemos dicho que sucumben frente a las drogas, sin detenernos a pensar la cantidad descomunal de todo tipo de drogas que consume la sociedad adulta.

Creemos firmemente en los jóvenes. Postulamos hacia ellos una relación que en medio del diálogo construya la igualdad en la interlocución, que los asuma en todas sus maravillosas búsquedas, como una esperanza cierta de futuro. Es más, en las nuevas culturas emergentes, especialmente en las urbanas, se les ve por todas las calles del continente buscando nuevas palabras y nuevos sentidos, y en los campos, preservar y enriquecer tradiciones y milenarias formas de producir obras culturales.

Un proyecto de país implica diálogo entre las etnias, las culturas y muy especialmente entre las generaciones. Los jóvenes de hoy no son apáticos ni frívolos; les importa su mundo, que es también el nuestro, como a cualquiera de los que estamos aquí.

Pero tienen la gran inquietud, la imperiosa necesidad de creer en la sensibilidad y la humanidad del mundo que hoy estamos forjando, del mundo que les queremos heredar. Es decisivo construir con ellos un pacto ético y una apertura de enfoques que nos permita volver a aseverar que sigue siendo maravilloso tener 20 años.

Somos herederos de tradiciones en las cuales lo que se forma y se oficializa como realidad, nace de algún centro que legitima todo lo adyacente.

Los estados latinoamericanos se configuraron como tales a partir de un sostenido esfuerzo por concentrar en sus mecanismos, procedimientos, administraciones y decisiones que lo hacían fuerte y en última instancia, legítimo.

América Latina ha instaurado el centralismo a lo largo de su historia. No sólo en las instituciones de carácter nacional, sino también en las regionales y

locales. Se trata de un modelo centralista que cruza verticalmente la pirámide social, desacelera los procedimientos y agobia las originalidades.

Postulamos la descentralización como el camino más eficiente para democratizar la creación cultural y artística, multiplicar las capacidades de originalidad y gestión y hacer a cada sujeto y lugar de los territorios de la nación, parte igualitaria de todo un complejo descentralizado y en constante mutación y movilidad. Es desde este enfoque que los escasos recursos con los que se cuenta en nuestra región, podrán multiplicar sus efectos y lograr que la cultura, y que lo que hemos denominado la ciudadanía cultural, sea un entramado consistente en la sociedad civil.

La sociedad civil logra configurarse como ámbito, no cuando se limita a defender sus prerrogativas y derechos, sino que cuando produce nuevas reflexiones, debates, enfoques, de carácter ético y estético, que en última instancia remiten a formas de entender el mundo y la vida. Optamos por una sociedad que sea espacio productor de cultura, informada y en condiciones de proponer temas y acciones que conmuevan los convencionales prejuicios acerca de los procesos sociales.

En los últimos tiempos se ha debatido sobre la relación entre mercado y cultura. Se trata de una de esas grandes reflexiones de época, más aún cuando con ella se discute el rol del Estado.

El Estado, en la historia latinoamericana ha sido forjador de naciones y responsable sustantivo de la modernidad y la industrialización y, en muchos casos, un agente decisivo para los procesos de democratización del siglo XX.

Es posible que el mercado pueda jugar un rol cada vez mayor en los procesos culturales. Sus disciplinas, lógicas y enfoques permiten racionalizar procesos de producción, utilizando experiencias muy largamente acumuladas por la empresa privada.

Pero estamos persuadidos de que el Estado seguirá jugando y teniendo una gran responsabilidad para favorecer y multiplicar todo lo que tiene que ver con la gestación, creación, difusión y preservación de la actividad cultural. No puede pensarse seriamente, que en un plazo predecible, las relaciones éticas y estéticas implicadas en el concepto de cultura, sean indiferentes o lejanas para las responsabilidades que el Estado asume con sus ciudadanos y estén libradas exclusivamente a la ley de la oferta y la demanda.

Estamos viviendo una etapa de tránsito, que difícilmente se agotará en años, y probablemente haya que medir en décadas. Lo fundamental en lo que respecta a la cultura, será entenderla en su singularidad espiritual y en su significado misterioso y poco clasificable.

La cultura no es una mercancía transable, susceptible de ser diseccionada con criterio economicista en cada una de sus etapas. Se trata de un proceso ubicuo y fugaz, que sólo lejanamente, y a tientas, puede ser cuantificado.

Deseamos compartir ciertas experiencias para dar operatividad a las reflexiones anteriores, en una suerte de simple propuesta.

En Chile, en nuestro medio específico, estamos impulsando un conjunto de políticas culturales \*.

Queremos destacar brevemente algunas de ellas.

En los espacios de la cultura y la educación, el Estado está implementando una de las más importantes reformas educacionales de este siglo, que cubre todos los niveles de un proceso esencialmente referido a lo cultural.

Por nuestra parte, en la División de Cultura nos hemos abocado a realizar trabajos conjuntos con las instancias educativas vinculadas a la enseñanza primaria y, especialmente, secundaria y universitaria, en la búsqueda de trasladar debates, discusiones, establecer programas comunes de difusión que permitan articular los nuevos contenidos educativos con los emergentes problemas culturales. En lo práctico, formar profesores, implementar redes de interacción entre artistas y estudiantes.

En los espacios semi-urbanos y rurales nuestros objetivos son la reinstalación y el fortalecimiento de lo que se ha denominado cultura tradicional, y la promoción del encuentro de éstas con las culturas de última generación, en un diálogo entre pares.

Por los propósitos anteriores, especialmente para tener una visión rigurosa de las tramas de la producción cultural, hemos emprendido un esfuerzo de mediano plazo, denominado "Cartografía Cultural".

Se trata de la construcción de un relevamiento acucioso de los espacios creativos existentes en cada rincón del territorio, de su dinámica interna y de las redes que lo componen. Un mapa que además sea susceptible de ser fácilmente modificado y actualizado a través del tiempo.

Pensamos concluir esta iniciativa dentro del año en curso y que pueda convertirse en un instrumento eficaz y preciso para la elaboración y aplicación de políticas culturales específicas para cada región del país.

Como apoyo a estas acciones, hemos estructurado una red de animadores culturales de base que, salidos de las propias comunidades locales, sirven como elemento aglutinante y catalizador de las expectativas y realizaciones de los habitantes de todo el país en el campo cultural.

Estos animadores, que derivan de profesiones diversas relacionadas con el ámbito cultural, reciben la formación necesaria antes de iniciar su trabajo, y se comprometen a una estadía de un año dentro de las comunidades más necesitadas, con posibilidad de ampliarla a un tiempo mayor. Esta labor cuenta con un seguimiento y una evaluación rigurosa de sus resultados.

Respecto a la pobreza, tenemos que reconocer que a pesar del evidente desarrollo económico de nuestro país, la magnitud del problema hiere nuestra sensibilidad social.

De todas las pobrezas que están implicadas en el concepto de grave falta de equidad, la pobreza cultural constituye una carencia que genera amplios efectos negativos en los ámbitos de la integración, creatividad y bienestar de cada habitante del país.

La cultura no es un lujo de país desarrollado ni una entretención pasajera y efímera. Es una manera de existir, vivir y de sentir.

Nos estamos esforzando, con gran decisión, para gestar diversas vías de acceso a la cultura a los sectores económicamente más necesitados de nuestro país y fundar, a partir de ellos mismos, protagonismos culturales no sólo en el campo de las culturas urbanas, sino también en las suburbanas y rurales.

Hacia estos sectores, y especialmente los juveniles, nos encontramos implementando un programa que hemos denominado "Esquinas Culturales". Partimos de la idea de agrupar a los artistas en los diversos espacios urbanos, transformando los barrios en territorios culturales, donde cada género y discusión tiene un lugar en el cual se relaciona y es reconocido por sus iguales.

En esos lugares confluyen distintas disciplinas artísticas y expresiones culturales populares, en una suerte de trueque, en el cual los artistas que visitan el lugar y entregan su aporte, se ven enfrentados a las expresiones emanadas de la propia comunidad y entran en un diálogo fecundo con ellas.

Elemento importante y emblemático de la política cultural emprendida lo constituyen los Fondos Concursables de estímulo al arte, tanto en el campo de la literatura, como en el de la creación y producción artística en general. Estos son el Fondo del Libro y el FONDART.

Este último adquiere, desde el año 1998, una nueva modalidad que permite a las regiones del país evaluar directamente, descentralizando las decisiones, los proyectos referidos a las iniciativas culturales de cada región y su propia infraestructura cultural. Por otro lado, se deja a nivel nacional el concurso de creación y producción artística.

Estas iniciativas, desde su instalación en el año 1992, han logrado financiar 3.200 proyectos en todas las disciplinas artísticas y en infraestructura cultural, por

un total de US\$ 34.500.000. Creemos que aún es insuficiente y estamos empeñados en duplicar esos recursos en el plazo de dos años.

Hoy estamos en un nuevo escenario cultural. El año pasado, el Presidente de la República creó una Comisión Asesora Presidencial en materias artístico-culturales para que elaborara una propuesta de una nueva institucionalidad cultural y de políticas orientadas a instalar a la cultura como eje del desarrollo del país. A finales del mismo año, esta Comisión evacuó su informe "Chile está en deuda con la cultura".

El Ejecutivo ha contestado formando un Comité de Ministros para la Cultura, que tiene entre sus objetivos elaborar e impulsar un proyecto de ley que será enviado próximamente al Parlamento, tendiente a estructurar de una manera orgánica y consistente, una nueva institucionalidad cultural, definida como Dirección Nacional de la Cultura y de las Artes, organismo público descentralizado, con personalidad jurídica y patrimonio propio.

Es por todo esto que las políticas e iniciativas anteriormente expresadas adquieren carácter de programas pilotos, que serán instalados definitivamente una vez que llegue a configurarse la estructura del Estado referida a la cultura del país.

Al terminar estas reflexiones no puedo sustraerme a la tentación de relacionar entre sí dos elementos que me parecen emblemáticos.

Ellos expresan la dicotomía existente entre la cultura de que hablamos y la otra, que nosotros estamos estructurando en la práctica, al final de este milenio, y que me atrevo a definir como contracultura. En febrero último un cable de agencias internacionales daba cuenta de lo siguiente:

"La agencia rusa del espacio inauguró ayer su nueva actividad como soporte publicitario, cuyos ingresos son imprescindibles para seguir en órbita, con un programa de teletienda en directo desde la estación MIR.

Durante trece minutos, los telespectadores del canal QVC de Nueva York - especializado en ventas telefónicas y por correo - pudieron ver a los cosmonautas rusos, desde su **oficina de ventas**, situada en el espacio, a 250 kilómetros de altura sobre la Tierra, mostrando diversas prendas deportivas, refrescos y bolígrafos."

Creo que huelgan los comentarios...

Por otro lado, y para cerrar de manera más positiva y optimista, les entrego el segundo, remitiéndome de nuevo a la sabiduría de los pueblos primigenios de nuestro continente americano que, en su mitología, se definían a sí mismos de esta manera:

Nuestro modo de vivir  
no es duro como la piedra.

Es como la vista penetrante  
de un cristal que traspasa.

Así son nuestros hermanos  
y así son nuestros hijos.

La estabilidad de un horcón\* no perdura,  
pero la bondad y el calor del sol sí perdura,  
porque tenemos su cristal en nuestro ser.

*Mitología Desana (Colombia)*

Ojalá también nosotros, algún día, podamos llegar a definirnos de esta manera...

*febrero de 1998.*

-----  
-----

\* Madero fijo en el suelo de las chozas y en cuya cabeza van asentadas las vigas.

\* Aspiraciones, Propósitos y Horizontes. Informe resumido. División de Cultura, Ministerio de Educación. A la Comisión Mixta de Educación. Claudio di Girólamo. Octubre de 1997.

\* Ponencia de Chile en la Reunión de Ministros y/o Responsables de Cultura del Movimiento de Países No Alineados, Medellín-Colombia. 3-5 de septiembre de 1997.